

EL TULPA

Por Marié Rojas Tamayo

Y en las paredes había sombras, aun donde no había cuerpos, y aquí y allá había espejos que no reflejaban ninguna imagen.

Crónicas Marcianas

Ray Bradbury

El vendedor ambulante, vestido con una túnica color naranja, mostraba una amplia gama de campanitas, inciensos, velas, libros para colorear mandalas, pequeños cuencos... Le llamó la atención un pergamino atado con una cinta, bajo un cartelito que anunciaba: “Instrucciones para crear un tulpa” e indagó su precio, solo por preguntar. Apenas traía el vuelto de la compra.

- Este, en particular, no tiene precio – le dijo.

Ya se imaginaba que era un timo, por eso nada tenía etiqueta. Seguro quería regatear hasta sacarle cuanto pudiera.

- ¿Entonces por qué lo ha puesto a la venta?

- Disculpe si no me he dado a entender – le respondió -, quise decir que si le interesa es porque el manuscrito la ha elegido a usted.

- Vaya – esto no lo esperaba -, ¿y...?

- Y es suyo – se lo extendió -. Si quiere, puede darme algo a cambio, es para la restauración del templo.

Le dejó lo que llevaba. No le preguntó siquiera a qué templo se refería, ¡hay tantos que necesitan reconstrucciones externas o internas! El hombre inclinó su cabeza rapada en una reverencia.

- Léalo solamente cuando esté bien segura de que está preparada para asimilarlo... Crear un tulpa no es cosa de juegos – le dijo.

Le agradeció con gesto indiferente, se echó el rollo en el bolsillo de la chaqueta y reanudó el camino a casa, la bolsa de víveres pesaba.

Le había molestado el consejo. No era tan inculta como él creía, había leído un artículo sobre la vida de Alexandra David-Néel y sabía que en Lhasa le habían enseñado a fabricar mediante secretos procedimientos una suerte de asistente invisible, un tulpa, algo así como un duende que hacía tareas bajo sus órdenes. Tampoco era tan ingenua como para creérselo, ni siquiera terminó de leer el artículo. Mas, al reconocer la palabra, había sentido el picor de la curiosidad.

Rió mientras giraba la llave en la cerradura, ¡bien que le vendría un duende que la ayudara a barrer, ordenar, quitar el polvo, fregar... las mil tareas diarias de toda ama de casa, así fuera una loba solitaria como ella!

Tiró el manuscrito en el revistero y fue a acomodar compra. Al atardecer, tras fregar los platos, lo recordó. Se sentó en su sillón favorito, desató el lazo y comenzó su lectura. Era, al parecer, muy sencillo crear uno de esos duendes, bastaba leer el conjuro con la intención adecuada... Lástima de patraña.

Feliz de tener algo entretenido para leer – la pensión de jubilada no le alcanzaba para comprarse buenos libros, y en las revistas costaba separar el oro de la paja – se lo llevó a la cama. No cerró los ojos hasta terminarlo. “Sería genial que el arroz se escogiera solo”, pensó antes de caer rendida, “y que los garbanzos estuvieran en remojo, así me regalaba una horita más bajo las sábanas”.

Al despertar – llegó a pensar en sonambulismo, pero no hay sonámbulo con tan buena vista – encontró el arroz escogido y los garbanzos remojándose en la olla. No quiso pensar dos veces en el asunto. Pero antes de acostarse, la tentación fue demasiado fuerte: deseó que la casa estuviera limpia, ventanas y rejas incluidas... Así la encontró.

Todo fue de maravillas – demasiado irreal para contarlo -, caminó entre nubes, disfrutando de su holganza, hasta que un día amaneció con los muebles cambiados de lugar... *Ella no lo había pedido*. Pequeñas muestras de desobediencia a las cuales no dio la importancia necesaria: Orden de los libros, de los adornos (encontró algunos guardados en gavetas), su perfume disminuyendo, menoscabo en su provisión de velas, víveres que desaparecían, revistas echadas a la basura, el polvo que comenzó a acumularse en las repisas al punto de hacerla retomar la bayeta... Le parecía ver una sombra deambulando por la casa. Sintió mayor alarma al ver que la sombra crecía y dejaba huellas a la salida de la ducha. A esas alturas, no le parecía absurdo.

Pero nada pudo equipararse al día en que amaneció en la cama del cuarto de huéspedes. El tulpa se había adueñado de su cuarto: al tratar de entrar lo encontró cerrado por dentro. Tenía el sueño pesado, mas no tanto como para no haber despertado mientras la trasladaban. Quizás le había echado un somnífero en la tila que tomó antes de dormir, le dolía la espalda de limpiar las escaleras... Al recordar las escaleras mojadas y ella en vulnerables pantuflas, sintió terror ante lo que pudiera suceder si hablaba. Un mínimo empujoncillo...

A la mañana siguiente, encontró sobre la meseta de la cocina una lista de compras, conteniendo ingredientes nada usuales en sus comidas. Comprendió que el miedo la haría obedecer. Continuó el cambio de papeles, hasta que, presa de un agotamiento superior al que solía sentir antes de comenzar esta insólita aventura – o desventura – reconoció que se había convertido en la sirvienta de su sirvienta.

Y no hay más que decir. La verdad es más sencilla de lo que parece... A saber qué la impulsó a contártelo, a pesar de sus temores. Las mujeres lo cuentan todo a sus peluqueros. De haberlo sabido, no le habría pedido ayer que fuera a raparse la cabeza... es que, ¿sabes?, luego de tantos siglos entre calvos, su cabellera me causaba repulsión.

Pero no te vayas todavía, es bueno tener con quien conversar. En cuanto regrese con mis pantuflas y la prensa, le pido que nos sirva un té con bizcochos de ajonjolí, mis favoritos. Si mantienes el pico cerrado, prometo no hacerte enmudecer como hice con ella, y hasta puedes visitarme de vez en cuando, hay demasiado silencio ahora entre estas cuatro paredes.

Por suerte, tan impaciente como curiosa, no leyó el final de aquel artículo sobre mi querida Alexandra. Habría aprendido que fabricar un tulpa no es un juego... Tampoco escuchó la advertencia del monje, así son las occidentales, por eso tengo debilidad por ellas. Mi anterior humana tuvo que recurrir a la ayuda de un gran maestro para desmaterializarme y, como ves, solo lo logró a medias.

Autora: Marié Rojas Tamayo; Ciudad Habana, Cuba.

Hyperespacio Andrómeda

www.libroandromeda.com

La autora ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.